

mente, aunque costara no pocos sacrificios la implantación de la religión cristiana distinta del paganismo grosero por aquellos pueblos salvajes practicado, pero en Africa el triunfo moral es el que implica el material; mientras el Rif y toda nuestra Zona de influencia no se sienta saturada del espíritu católico por tantos títulos superior al mahometano, ni nos valdrá la ficticia religión de palabra y sin verdaderas obras de caridad y mucho menos la bárbara imposición de la fuerza que impone la superioridad de elementos de guerra de que disponemos nosotros y por los cuales decimos que somos capaces de civilizar a hombres que profesando la religión del sensualismo, se avergüenzan de las desnudeces de nuestras mujeres y que viviendo inspirados por una religión de odio y de avaricia nos contemplan a nosotros, más que superiores en valor y riqueza, rencorosos y avaros...

No, no es ese el procedimiento, los españoles han de poder más, han de saber más y han de ser más buenos que los moros influenciados por ellos. No queremos decir con esto que todos sean así, pero que deben ser muchos es indudable, que los elementos directores y los que ayudan a éstos deben ser todos dotados de esas tres cualidades esenciales, que a medida, en fin, que sea mayor el número de éstos nuestra acción civilizadora será más real, más eficaz y más universal en nuestra Zona de influencia, esto no es permitido discutirlo siquiera.

¿Hay de esos hombres en lo que hoy debe ser nuestro Marruecos? No es posible poner en duda; pero si los franceses y españoles debemos invadir nuestras respectivas zonas con la abundancia que los bárbaros del norte poblaron el sur de Europa y si de la calidad moral de los hombres que hagan invasión depende principalmente el triunfo sobre los marroquíes, es consiguiente que no deben ser pocos aquellos que ostenten mayor fuerza, saber y moralidad que los que tratamos de perfeccionar.

Tan evidente como es la anterior conclusión, es reprobable el abandono en que tales verdades tan prácticas como necesarias se tienen.

¿Hay quien se eduque en España para trabajar después, con la debida aptitud, en la educación de los hombres que nos toca civilizar en Africa? Y si no hay medios de adquirir esta capacidad intelectual y religiosa ¿quién es el que debe atender esta necesidad?

*Mirasol*

